

# La Vida Entera

Julián Quintanilla

ediciones**laquintapágina**

La ilustración de portada  
ha sido creada por el autor  
a partir de imágenes de  
sus álbumes familiares.

© **Julián Quintanilla, 2020.**  
LA VIDA ENTERA

ISBN: 978-84-121665-0-7  
Depósito legal: M-9036-2020

Diseño de cubierta: Julián Quintanilla.

Editado por Ediciones La Quinta Página.  
[www.laquintapagina.com](http://www.laquintapagina.com)

Primera edición: mayo de 2020.

Impreso en España / Printed in Spain.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

Puede que la lengua  
sea un órgano indómito,  
pero el silencio...  
envenena el alma.

*Edgar Lee Masters*



# Primera parte



# 1

En el barrio pacense de San Roque, donde nació, algunos tenemos una absurda creencia: que los muertos no están del todo muertos. Para la mayoría de la gente, semejante afirmación no tendrá, seguramente, ni pies ni cabeza. Y sin embargo se transmite de generación en generación, sin que nadie pueda explicarse ni cómo ni por qué. En mi caso, desde que murió mi madre, la creencia se ha convertido en certeza y se ha hecho realidad. Porque yo, cada año, regreso al cementerio viejo de Badajoz para hablar con ella. Sí, lo han leído ustedes bien. Para hablar... con mi difunta progenitora.

—¡Ay, Juliancito de mi vida! ¡Ay-ay, qué alegría! ¡Qué bien! ¡Qué guapo estás! ¡Anda, dame un beso! ¡No, dame veinte! ¡Déjame que te estruje un poco, coño, que hace un año que no te veo! ¡Chu-chu-chu-chu-chu! ¡Ay, mi niño! ¡Ayyyyy!

Pues sí. Ella es. La que ha salido saltando como loca desde su nicho gritando y gesticulando cual avestruz patizamba... es la madre que me parió. Siempre que voy a verla me siento a esperarla en el mismo banquito de piedra blanca que hay frente a su nicho. Y ella se me aparece, siempre también,

con el mismo *look*: vaqueros Lois ajustados, camiseta de cuello barco rojo carmesí, cuñas altísimas a juego y sobre todo... su inconfundible peinado a lo *garçon*, cortito y puntiagudo. Si esa mujer no me hubiera parido, quizá me daría menos pudor describirla como lo que es: una comedia ambulante ochentera, de voz derrumbamuros y acento extremeño seductor. Y también diría que, si va vestida así cuando vengo a verla, es porque seguramente es así como a mí me gusta recordarla. Alegre. Esperpéntica. Frenética. Icónica.

Ella es... La Chary.

—Feliz cumpleaños, mamá.

—¡Gracias, vida mía! ¡Ay, Juli, qué contentísima estoy de verte otra vez!

—Uy, qué cariñosa tan rápido, ¿no? ¿Este año no me amenazas?

—Ahora mismito. ¡Como faltes algún año a la promesa de venir a verme el día de mi cumpleaños, te corto los cataplínes y me hago un collar de perlas!

—¿De perlas? ¿De perlas, cuántas? Cataplínes solo tengo dos.

—Bueno, pues me hago unos pendientes... ¡con dos cojones!

Y se empieza a reír a bocajarro. Cuando La Chary se ríe así, me vienen a la cabeza esos mil y un momentos en los que nos hemos tronchado juntos.



Porque mi madre, en vida, tenía unos golpes tremebundos. Hasta muerta los sigue teniendo, ya van a ver. Así que yo, cada vez que puedo, aprovecho... y me río con ella.

—Ay, mamá, este año se me ha pasado más volandito que ninguno.

—¡Pues imagínate a mí, que parece que me he muerto ayer!

—Tú, si estuvieras viva, habrías cumplido 64, pero yo...

—¡Eh! ¡Que yo, para mí, sigo teniendo 49! ¿Tan caídas me ves las carnes? ¿O ya se te ha olvidado lo mona que me fui al otro barrio?

—Pero ¿cómo se me va a olvidar? ¡Digo si estuvieras viva! Han pasado quince años, aunque no te lo parezca. Yo, este diciembre, cumpla ya 40.

—¡Toma, Jeroma! ¡Qué poco te queda pa' ser cuarentón!

—Pues sí. Cuarenta años ya... Se me han pasado en un suspiro.

—¡Anda! Y cuando quieras darte cuenta, se te habrá pasado la vida entera. Así que... ¡ya estás espabilando!

Espera-espera-espera... Aquí hay gato encerrado. ¿Por qué mi madre cambia de golpe el tono de voz? ¿Por qué hace esa caída de ojos sospechosa? ¿Por qué me da esa orden moviendo la mano de forma tan dominante?

—¿Espabilando, yo? ¿Y ahora eso, por qué?

—Pues porque, este año... también te pienso pedir algo.

—Ay, este año no, por favor... ¡Cada vez me pides que haga cosas más difíciles!

—Y, siendo hijo único, ¿¿¿quién quieres tú que me arregle a mí los asuntos pendientes???

Cuando La Chary me levanta la voz con indignada teatralidad, yo sé inmediatamente que algo nuevo quiere de mí. Así que, claro... me niego por anticipado.

—Me da igual, que no. ¡Este año no! Además, llevo meses muy bloqueado, con la crisis de los 40.

—Pero ¿qué crisis ni crisis, si todavía no los has cumplido?! ¡Tienes más cuento que calleja! Eso son todo excusas para no hacer lo que te voy a pedir.

—¡Que no, que es verdad! Que no soy capaz de trabajar. No se me ocurre... nada que escribir.

—Pero ¡si tú jamás de los jamases has tenido problemas creativos!

—Pues ahora los tengo, mira —le digo enseñándole las páginas en blanco de una libretita roja que me saco un segundo de la chaqueta—. No sé, algo me pasa. ¡Algo me falta! Y tengo... mi vida parada.

Si La Chary coloca sus ojos de mochuelo y te los incrusta en la cara... ya te puedes ir preparando. Y si, además, se remanga de puro nervio... ya puedes echarte a temblar.

—¿Lo ves? ¿Lo ves?? ¡Eso es porque tú también tienes algo pendiente de resolver! ¡Y bien gordo!

—¿En serio? ¿Tan gordo crees que es?

—¡Uh! ¡Gordo-gordísimo! Pero no te preocupes, que yo te voy a ayudar... bien ayudado.

—Pero ¿cómo me vas a ayudar tú en tu estado? ¡Que no!

—Claro que sí, con lo que te voy a pedir. ¡Tú hazme caso! Y, sobre todo, no te pongas nervioso.

—Ay, mamá, no me asustes. ¿Qué es lo que me vas a pedir?

Y entonces, La Chary se pone seria. Casi nunca lo hace. Así que, por supuesto, yo me asusto. Me asusto y mucho. Y le ruego al cielo, por lo más sagrado, que no me pida lo que creo que me va a pedir. Entonces lo dice. Lo pide. Y yo me cago.

—Julián, hijo mío... Tienes que ir a conocer a tu padre.

En el cementerio viejo de Badajoz siempre hay gorriones trinando. Y la brisa te merodea alrededor de las orejas como un silbido de espíritus bailando sobre el viento. Y hay rosales centenarios con flores de terciopelo desafiando al sol. Y las paredes de cal terminan en un zócalo verde carruaje para que la esperanza no falte ni en el más allá. Cuando mi madre me hace su petición, yo me quedo callado un instante que, en mi defectuoso cerebro, dura cuarenta años. Aunque, en ese momento, para mi madre y para mí, dure solo una fugaz eternidad.

—Mira, mamá, de verdad, pero... ¿por qué? En serio, ¿por qué? Es que, vamos... que no. No pienso ir a buscar a nadie. ¡Por encima de mi cadáver!

—¡Calla, agorero, que con una muerta ya tenemos bastante!

—Pues no, ahora ya somos dos. ¡Porque me has dejado muerta a mí también!

—¡Y no te pongas a mariconear, que no estamos en la feria de San Juan!

Porque, para quien no lo sepa, yo muevo muchísimo las manos. Tanto como ella. Y, como ella dice también, las muevo casi más que bailando sevillanas. ¡Como las gitanas!

—Me da igual, mamá. ¡No pienso ir de ninguna manera! ¡De-nin-gu-na-ma-ne-ra!

—¡Y tampoco te pongas mostrenco, ¿eh?! ¿Te crees que te lo estoy pidiendo por vicio? ¡Te lo estoy pidiendo por tu bien, coooñiiiiioo!

Cuando La Chary dice «coño» de esa manera, hay que empezar a preocuparse. Primero marca la letra ‘C’ como si fuera una ‘K’. Después alarga la primera ‘O’ durante tres segundos y aprieta la ‘Ñ’ diciendo ‘ÑI’, para terminar estirando la última ‘O’ en intenso hastío labial. Pueden probarlo. Sí, sí. Paren un momento la lectura y díganlo al aire. «¡Coooñiiiiioo!». Así... pero con mala leche. Como pensando en toda la gente odiosa que hayan conocido, conozcan y conocerán. Prueben otra vez.

«Cooo-Ñiii-Ooo». ¿Lo han hecho? Pues ahora ya me entienden. Es imposible vencer al «coñio» de La Chary. Aunque yo, que soy cabezón como pocos, lo intento y me enfrento a ella.

—Vale, muy bien, todo lo que tú quieras. Pero dime algo... ¿Ir a conocer a quién?

—¿¿¿Cómo que a quién???

—Ah, no sé. Según la gente... se supone que... mi padre... yo no sé quién es.

Y ahí yo ironizo. Ironizo a muerte. Pero a La Chary parece no gustarle. Porque se le tuercen los belfos y se le abren los ojos de par en par. Y aunque no grita, su voz se vuelve tan intensa que podría, en ese momento, resucitar a los muertos.

—¿Que no sabes quién es? ¿¿Que tú no sabes quién es?? ¿¿¿Tendrás la poca vergüenza de decirme tú a mí eso???

—Hombre, con las cosas que te inventabas... ¡En todo este tiempo, desde que te has muerto, ya he perdido la cuenta de los padres que me han sacado!

—Quien quiera saber... ¡mentiras a él! Le conté lo que me dio la gana a quien me dio la gana y le mentí a quien hiciera falta, todo y más. ¡Tú no sabes lo que era ser madre soltera en aquella época, con la tumba de Franco todavía caliente! ¡Claro, como no lo viviste en tus carnes, pues te da igual!

—Mamá, pero ¿¿¿cómo me va a dar igual???

—¡¡¡Se acabó!!! ¡Dame las manos!

A pesar del jaleo que hemos montado, mi madre me agarra de las manos con suavidad. Es ese mismo tacto de un gatito juguetón que te atrapa entre sus zarpas evitando daño alguno. Yo no sé lo que quiere hacerme. Pero muy malo no debe ser.

—Hoy te vas a enterar tú de lo que vale un peine... ¡Te vienes conmigo!

—Contigo, ¿cómo? ¿¿Me vas a llevar al otro barrio así de golpe??

—¡Que no, joder, no seas desconfiado! ¡Tú relájate y disfruta! Hay muchas cosas de las que no pudimos hablar, porque me fui muy pronto. Así que, ahora, te las voy a contar a mi manera. ¡Ya verás, es como ir de excursión! Hoy vas a pasar por lo que yo pasé. Porque el que se implica, siente. Y el que siente, comprende. ¡Vamos, que nos vamos!

Mi madre cierra los ojos y yo la observo, perdido del todo. Entonces, sin soltarme las manos, ella vuelve a abrir un ojo. Un solo ojo. Y esgrime un gesto cómico. Es la cara de Giulietta Masina, la cara de Shirley MacLaine y la cara de Anna Magnani, todas juntas y por separado en una sola. ¿Las habrá conocido allí arriba? No lo sé, pero la verdad es que se pone muy graciosa. Claro, lo hace adrede, para que yo claudique.

—¡Venga, *muchaaachiooo!* ¡¿¿¿Quieres cerrar los ojos de una vez???

Y frente a semejante alarido yo me río... y claudico. No puedo evitarlo. Me ha ganado. Enseguida, con un guiño, mi madre cierra el único ojo que tiene abierto y respira tranquila.

—Agárrate bien fuerte. Nos vamos... de viaje.

Cuando cierro los ojos por fin, noto cómo mi madre me aprieta las manos. Entonces, el silbido que antes me revoloteaba en las orejas se cuela por mis oídos y me recorre entero, llenándome por dentro. Y empiezo a flotar, libre de mi propio cuerpo, mientras viajo a otra época y a otro lugar. A pesar de que tengo los ojos cerrados, puedo verlo todo. Sentirlo todo. Como en aquellos sueños que parecen más reales que la vida. Una película tridimensional en la que puedo entrar y salir sin ser visto, donde La Chary está más viva que nunca, en todo su esplendor.

Y así, aceptando el calor de las manos de mi madre, me dejo llevar a otras voces y a otros tiempos. Es su forma de contarme todo aquello que vivió. Así volamos juntos. Y viajamos juntos.

Ella de protagonista, y yo... de privilegiado primer espectador.